

cuanto habían engendrado en él los gloriosos y los degenerados siglos, y no alcanzando á defenderse con un solo brazo, trabajó con el derecho y el izquierdo, blandiendo con aquél la espada histórica y con éste la navaja.

En cuanto á uniformes y trajes, habíalos de todas las formas conocidas. Es prodigioso cómo se equipó aquel ejército de paisanos en diez y seis días. La Administración actual, con todos sus recursos, es un sastre de portal comparada con aquel confeccionador que puso en movimiento millones de agujas en dos semanas. En cierto estado que la historia no ha creído digno de sus páginas, pero que existe aún, aunque en el olvido, se consigna el número de piezas de vestuario que hicieron gratuitamente las monjas y señoras de Sevilla. Dice así: «Por las comunidades y señoras de distinción se han hecho 3.335 camisas, 1.768 pantalones y 167 casacas de soldado; 1.001 camisas, 312 pantalones y 700 chalecos de sargento; 374 botines de paño, 149 sacos de caballería, 16 mochilas y 1.684 escarapelas.» Las señoras de Alcolea, las de Carmona, Lora del Río y otros pueblos figuran en la cuenta con cifras parecidas.

Esta diversidad de manos en la hechura de vestimenta indica que la voz *uniforme*, en lo tocante á voluntarios, era una vana palabra. Al lado de las casacas blancas con solapa negra, carmesí ó azul, que vestían la mayor parte de los regimientos de línea; al lado de las levitas azules con bandolera que vestían valones y suizos, veíamos los chaquetones de pa-

ño pardo con que se cubría la gente colecticia. Entre los altos morriones de la artillería y las gorras de los granaderos, llamaban la atención nuestros blancos sombreros portugueses, y las gorras de cuartel, y los tocados de innumerables clases con que cubrían sus chollas los tiradores y voluntarios de los pueblos. Como antes he dicho, aquel ejército hacía reír.

¿Y el dinero para la guerra? Causa risa ver cómo se da hoy de calabazas un ministro de Hacienda para *arbitrar*, con destino á otra guerra, unos cuantos millones que nadie quiere darle si no hipoteca hasta el último pingajo de la Nación. Aprended, generaciones egoístas. Leed las listas de donativos hechos por los gremios, por los comerciantes, por los nobles y hasta por los mendigos. ¡Aquel sí era llover de dinero, y reunirlo á montones, sin que ni un realito de vellón se escapase por entre los agujeros del cesto administrativo! En la lista de donaciones hay una partida conmovedora que dice así: «La señora Condesa viuda de Montelirios ha entregado su *toaleta* de plata, manifestando el sentimiento de que sus medios no alcancen tanto como su voluntad.»

¿Habrá hoy quien dé su *toaleta*?...

## XVI

Nuestra marcha por Cañete de las Torres en dirección al río Salado era un verdadero paseo triunfal, mejor dicho, casi no parecía que

marchábamos, porque la gente de los pueblos, incluso mujeres, ancianos y chicuelos, nos seguían á un lado y otro del camino, improvisando fiestas y bailes en todas las paradas. Cuando el ejército se detenía, eclipsábanse en apariencia todos los males de la patria, porque la tropa, recobrando el buen humor, convertía el campamento en una feria. Yo no sé de dónde salían tantas guitarras; no pude comprender de qué estaban hechos aquellos cuerpos, tan incansables en el baile como en el ejercicio, ni de qué metal durísimo eran las gargantas, para ser tan constantes en el gritar y cantar.

Como durante la primera semana del mes de Julio no nos faltaron víveres abundantes, lo pasábamos perfectamente; y como tampoco tropezamos con los franceses, establecidos, aunque muy inquietos, al otro lado del río, á todos, especialmente á los inexpertos, nos parecía la guerra una ocupación dulcísima. Sobre todo, el Condesito de Rumblar no cabía en su pellejo de puro alborozado; y como con el roce de tanta y tan diversa gente se iba despabilando por extremo, llegó á adquirir un desembarazo, un dominio de su propia persona que antes no tenía. Santorcaz, como dije, había logrado en poco tiempo gran ascendiente sobre D. Diego, de tal modo, que cuanto nuestro mozalbete ponía por obra, lo consultaba con aquél. Marijuán, en cambio, hacía buenas migas con un servidor de ustedes, y siempre juntos en las marchas y en los descansos, nos contábamos nuestras cosas, compadeciéndonos y

consolándonos mutuamente. Nosotros dos solos, y sin dar parte á nadie, nos comimos el divino chocolate y los bollos de la Madre Transverberación.

Todo el ejército tenía gran impaciencia por venir á las manos con la *canalla*. Como existen en todo campamento, además del supremo consejo que se celebra en la tienda del General, tantos consejillos como grupos de soldados se escalonan aquí y allá en la cantina ó en campo raso, para echar una caña ó tirar un par de cartas, nosotros siempre estábamos dilucidando en corros más ó menos grandes la eterna cuestión de nuestro encuentro con los franceses. ¡Cuántas veces, reunidos junto á un tambor, donde había un jarro de vino, disputamos el paso del río, el ataque del enemigo en su posición de Andújar, ú otras hazañas de la misma harina!

Un día, hallándonos en Porcuna, y después que se nos unió el ejército de Reding, resolvimos, tras de ardiente discusión, que los generales estaban atolondrados y sin saber qué plan adoptarían. El Conde de Rumblar dijo que iba á escribir á su maestro D. Paco, para que le dijera qué operaciones convenían más; pero como todos se rieran de esta ocurrencia, nuestro generalito se amoscó y fué á que le consolara con sus adulaciones interminables el lugarteniente Santorcaz.

Por último, tras largo consejo celebrado por los generales, se dijo que iban á ser distribuidas las divisiones para tomar la ofensiva inmediatamente. Aquel día, que fué, si no re-

cuerto mal, el 12 ó el 13 de Julio, ví por primera vez al General Castaños, cuando nos pasó revista. Parecía tener cincuenta años, y por cierto que me causó sorpresa su rostro, pues yo me lo figuraba con semblante fiero y ceñudo, según á mi entender debía tenerlo todo general en jefe puesto al frente de tan valientes tropas. Muy al contrario, la cara del General Castaños no causaba espanto á nadie, aunque sí respeto, pues los chascarrillos y las ingeniosas ocurrencias que le eran propias las guardaba para las intimidades de su tienda. Montaba airosamente á caballo, y en sus modales y apostura había aquella gracia cortés y urbana que tan común ha sido en nuestros Césares y Pompeyos. Es preciso confesar que á caballo y en las paradas hemos tenido grandes figuras. Esto no es decir que Castaños fuera simplemente un general de parada, pues en 1808, y antes de inmortalizar su nombre, tenía muy buenos antecedentes militares, aunque había hecho su carrera con rapidez grande, si no desusada en aquellos tiempos. A los doce años de edad obtuvo el mando de una compañía; á los veintiocho le hicieron teniente coronel y á los treinta y tres coronel. Si en su juventud no asistió á ninguna campaña, en 1794, y cuando contaba treinta y ocho años y poseía la faja de Mariscal de campo, estuvo en la del Rosellón á las órdenes del General Caro, y allí le hirieron gravemente en el lado izquierdo del cuello. Cuentan que la ligera inclinación de su cabeza hacia aquel lado provenía de la tal herida.

Voy á decir de qué manera nos distribuyeron. La primera división la mandaba Reding, la segunda Coupigny y la tercera Jones; la reserva estaba á las órdenes de D. Juan de la Peña, y mandaban destacamentos sueltos, de mil hombres poco más ó menos, en calidad de tropas volantes para mortificar al enemigo, D. Juan de la Cruz, el Marqués de Valdecañas y D. Pedro Echevarri, que después fué uno de los más famosos polizontes de la reacción. Trecientos escopeteros, que habían salido Dios sabe de dónde, eran capitaneados por el presbítero D. Ramón de Argote. ¿No es verdad que hubiera estado mejor diciendo misa?

A caballo éramos tres mil, fuerza no muy grande si se considera que íbamos á operar en país entrellano y contra jinetes muy aguerridos; pero, en cambio, nuestra artillería era de primer orden. Teníamos veinticuatro piezas, servidas por el Real Cuerpo, con lo más florido de aquella oficialidad á quien estaba reservado la mayor gloria de la guerra, desde el 2 de Mayo hasta la batalla de Vitoria.

Nosotros nos extendíamos por la izquierda del Guadalquivir, ocupando los pueblos de Porcuna y Lopera; y alargando una de nuestras alas por el camino de Arjonilla, observábamos la orilla derecha, mientras la otra ala se extendía hacia Higuera de Arjona buscando á Menjíbar. Ocupaba el francés á Andújar con las fuerzas que primitivamente trajo á la tierra andaluza, y que habían vencido en el puente de Alcolea y saqueado á Córdoba. La

división de Vedel, fuerte de diez mil hombres, hallábase en Bailén, y la pequeña división de Ligier-Belair, el mismo General que vimos batirse con los vecinos de Valdepeñas en los primeros días de Junio, estaba en Menjíbar guardando el paso del río. Andújar, Bailén, Menjíbar. Del primero al segundo punto corría la carretera general de Andalucía, desde Bailén á Menjíbar el camino que iba á Jaén, y desde Menjíbar á Andújar el río. Conserveñ ustedes en la memoria la disposición de este triángulo, para comprender la importancia de los movimientos de ambos ejércitos.

Cualquiera que fuese el pensamiento de nuestros generales, lo cierto es que la primera división recibió orden inmediata de ponerse en marcha, mientras Castaños con la tercera y la reserva se dirigía hacia el puente de Marmolejo para pasarlo y atacar á Dupont en Andújar. Ya he dicho que mandaba D. Teodoro Reding la primera división: lo que aún no ha sido escrito por la historia ni dicho por mí, es que yo formaba parte de ella, porque toda la caballería voluntaria había sido incorporada, mejor dicho, fundida en los batallones del ejército, que apenas contaban con la mitad del contingente. A mi amo y á los que le seguían nos tocó formar en las filas del regimiento de Farnesio, mientras que los lanceros de Sevilla fueron casi todos incorporados al regimiento de España.

El día 13 nos separamos de nuestros compañeros y tomamos el camino, mejor dicho, las veredas y trochas que conducen á Menjíbar.

No llegábamos á seis mil; pero éramos buena gente, aunque me esté mal el decirlo. El regimiento de guardias valones, los suizos, el de la Corona, el de Irlanda, el de Jaén, los granaderos provinciales, los fusileros de Carmona, la caballería de Farnesio y las seis bocas de fuego que mandaba D. Antonio de la Cruz, eran piezas respetables, orgullosas de sí mismas. Teníamos por General á un hombre impetuoso, de más arrojo que prudencia; mediano táctico, pero incansable en las marchas. Nuestro Jefe de Estado Mayor, D. Francisco Javier Abadía, era un militar muy entendido, quizás de los mejores que entonces tenía el ejército español, y el coronel puesto al frente de la artillería pasaba por un oficial de mucho entendimiento en su arma. Nosotros le llamábamos el sainetero, por ser hijo de D. Ramón de la Cruz.

Adelante, pues. Al llegar á Menjíbar, encontramos la población muy alborotada, porque un destacamento francés, enviado á Jaén en busca de víveres, después de saquear horriblemente esta ciudad, había retrocedido á su cuartel general, asolando á su paso la comarca. De Jaén se contaban atrocidades que apenas son creíbles en militares de un país europeo. Dijéronnos que mujeres y niños habían sido inhumanamente degollados, y que igual muerte padecieron dentro de sus mismos hospitales varios frailes agustinos y dominicos enfermos. La consternación de aquellos pueblos era excesiva, y al aproximarse las tropas acudían en tropel á nuestro encuentro, derraman-

do lágrimas de ira, suplicándonos que no dejáramos vivo un francés, y pidiendo los viejos aún fuertes y los rapaces de doce años que se les dejase marchar entre las filas para ayudarnos. Según nos decían después del saqueo, en los caseríos inmediatos al tránsito, Almenara, Fuente del Rey, Grañena y otros, no habían dejado ni un grano de trigo, ni un azumbre de vino, ni un puñado de paja. Hasta las medicinas de las boticas y de los hospitales de Jaén fueron robadas, y al propio tiempo, ni un carro ni una mula quedaron en todos aquellos contornos.

Muchas familias expoliadas habían acudido á Menjibar. En la plaza del pueblo dos frailes escapados á las carnicerías de Jaén, predicaban el exterminio de los franceses. Al ver la indignación de aquella infeliz gente robada y vejada, al ver las mujeres que acudían frenéticas y rabiosas pidiéndonos que vengáramos á sus inocentes hijos, degollados sin piedad en la cuna, comprendí las crueldades de que por su parte empezaban á ser víctimas los franceses cuando se rezagaban.

## XVII

Antes de decidirse á pasar el río, nuestro General mandó una pequeña fuerza en reconocimiento de la situación de las tropas de Coupigny. Algunos jinetes de Farnesio tomaron

parte en esta expedición, y Marijuán, que fué en ella, nos contó á su regreso en la tarde del 15, que habían encontrado la división del Marqués hacia Villanueva de la Reina, donde le entregaron los pliegos de Reding. Desde el campamento de Coupigny se había visto una gran polvareda en la orilla derecha, y parecía que la división de Vedel marchaba desde Bailén á Andújar, para reforzar á Dupont, que ya había trabado la lucha con Castaños. La gente venida de Arjonilla aseguraba haber oído fuerte cañoneo hacia la parte de los Visos.

—A estas horas—decía Marijuán,—ó ellos ó los de Castaños han de estar derrotados.

—¿Y qué esperaba el Marqués en Villanueva de la Reina?—preguntó Santorcaz con aquella suficiencia estratégica que le hiciera tan digno de admiración á los ojos del joven D. Diego.

—Allí se estaba tan quieto—repuso Marijuán.—Parece que está de acuerdo con nuestro General para operar en combinación y atacar juntos á Bailén.

—¿Pero qué estrategia es esa, ni á qué conduce atacar á Bailén?—dijo Santorcaz, atrayendo en su alrededor un círculo de soldados.

—¿No dices que la división Vedel salió de Bailén y está ya sobre Andújar?

—Sí: así lo decían en Villanueva.

—Pues si no hay enemigos en Bailén, ¿qué es eso de atacar á Bailén? Se tratará de ocuparlo para luego avanzar por el arrecife y embestir á Dupont y á Vedel por la espalda, mientras Castaños, Jones y Peña lo atacan de frente.

—Eso, eso será—dijimos todos.—De ese modo les cogemos entre dos fuegos, y no escapará ni una patena de las que robaron en Córdoba.

—Pero si ese es el plan, ya debía estar puesto en ejecución. Si se están batiendo en Andújar, á estas horas deberíamos estar nosotros cayendo sobre la retaguardia francesa; mientras que si nos ponemos en marcha esta noche y llegamos mañana, sabe Dios...

Al anoecer se nos ordenó marchar río arriba, lo cual no comprendimos ni poco ni mucho hasta que algunos compañeros, que eran del país y conocían el terreno, nos dijeron que íbamos buscando el vado del Rincón para pasar al otro lado. Por la noche, algunas fuerzas de infantería y dos piezas pasaron por junto á la barca, mientras el grueso del ejército con la caballería nos disponíamos á hacerlo media legua más arriba. Antes de amanecer sentimos algunos tiros del otro lado, y diósenos orden de hacer el menor ruido posible y de no encender lumbre. La noche era calurosa; habíamos comido poco y mal el día anterior, y con esto y el no dormir no estábamos del mejor humor; pero la guerra tiene mil contrariedades, y ojalá fueran todas como aquella. Entramos al fin en el río, cuyo frescor agradecieron mucho nuestros cuerpos, secos é irritados por el calor y el polvo, y algún tiempo después, cuando comenzaban á iluminar el horizonte los primeros vislumbres de la aurora, ya éramos dueños de la orilla derecha. El Mayor General Abadía, que había dirigido

el paso, nos mandó replegarnos á un sitio bajo, donde casi toda la fuerza podía permanecer oculta, y allí aguardamos más de media hora. No se veían los enemigos por ningún lado; pero allá lejos, hacia la barca, continuaba cada vez más vivo el tiroteo de fusil.

El terreno es por allí bastante quebrado, abundando los matorrales, y entre éstos designaron un camino de trocha por donde avanzó la infantería, mientras á los de á caballo se nos mandó caminar por terreno más alto. Habíamos tomado tan al pie de la letra la orden de no hacer ruido, que avanzamos despacio y silenciosamente con el alma en suspenso, los ojos atentamente fijos en el último término del terreno hacia la izquierda, punto donde se había trabado la acción. Vimos al fin á los franceses tiroteándose con nuestros compañeros, con aquéllos que habían pasado la barca durante la noche, y luchaban en un campo bajo, salpicado de espesos matorrales.

En una loma, y como á dos tiros de fusil de aquel sitio, brillaba inmóvil é imponente una cosa que desde el primer momento atrajo nuestras miradas, infundiéndonos algún recelo. Era un escuadrón de coraceros, la mejor caballería del ejército de Dupont. Todos los jinetes contemplamos el resplandor de las bruñidas corazas, en cuyos petos el sol naciente producía plateados reflejos; y después de mirar aquello sin decir nada, nos miramos unos á otros, como si nos contáramos. Ni una voz se oía en nuestras filas; á todos se nos había cambiado el color, y temblábamos, aunque ca-

da cual hiciera esfuerzos por disimularlo. El único rumor que turbaba el profundo silencio de nuestro regimiento, donde hasta los caballos parecían contener el aliento y explorar el campo con atónitos ojos, era un ligero y casi imperceptible son metálico producido por las estrellas de las espuelas. Aquel temblor de pterias es un accidente que la caballería observa siempre en el comienzo de toda batalla.

El combate, principiado en guerrillas, arremataba desde que empezó la infantería á desplegar un frente compacto de consideración. Pero casi toda la tropa española se mantenía en reserva, esperando á saber fijamente si los franceses ocultaban una gran fuerza en la carretera de Bailén. Mientras el frente español aumentaba sus tiros, resistiendo á las innumerables guerrillas francesas, que al abrigo de sus posiciones medio atrincheradas hacían fuego mortífero, la artillería continuaba á retaguardia, y la caballería, asimismo fuera de acción, recibió orden de ocupar un cerro á mano derecha. Fijos allí, no quitábamos los ojos de la tremenda fila de corazas que resplandecían en la loma de enfrente, quietas y confiadas en su valor y pesadumbre. Aquella fuerza era muy superior á la nuestra por su organización y marcialidad; pero nosotros teníamos sobre ella, además de la ventaja numérica, que no era de gran valor, dada nuestra impericia, la siguiente ventaja moral: puestos ellos en la vertiente anterior de una loma, todo su poder y su número se presentaban á nuestra vista; no había más coraceros que

aquéllos, y podíamos contarlos uno por uno. Nosotros, en cambio, estábamos sabiamente colocados por el Mayor General en otra altura parecida; pero sólo una quinta parte del regimiento ocupaba la parte culminante de la loma, mientras que todo lo demás se extendía en la vertiente posterior, permaneciendo oculto á la vista del enemigo; de modo que si nosotros les contábamos perfectamente á ellos, los franceses, engañados por la apariencia, se reírían de los cuarenta jinetes sin uniforme, enseñoreados del cerro con aire de perdonavidas.

Nosotros teníamos sobre ellos la ventaja de lo desconocido, que es el genio tutelar de las batallas, de eso que no se ve y que en el momento apurado y crítico sale inopinadamente de lo hondo de un camino, del respaldo de una loma, de la espesura de un bosque; combatiente de última hora que la tierra echa de su seno, y se presenta fresco, sin heridas ni cansancio, á decidir la victoria.

Nuestras filas habían desalojado á los franceses de sus posiciones. Les vimos replegarse en desorden, y entonces cesó la inmovilidad de los coraceros. Los resplandecientes petos despedían reflejos múltiples, y ordenadamente descendieron de la colina en perfecta fila. Relincharon sus caballos, y los nuestros relincharon también, aceptando el reto. Pero entonces ocurrió uno de esos cambios de escena tan frecuentes en la guerra, y cuyo artificio, si cae en buenas manos, basta á decidir la victoria. Arrojadadas nuestras filas sobre las guerri-

llas enemigas, clareado el terreno y puestas en juego algunas piezas de artillería, vióse que los franceses vacilaban, agrupándose y retrocediendo como si buscaran nuevas posiciones. Se nos dió orden de avanzar bajando, y una vez en llano, convertimos sobre nuestro flanco, para formar un largo frente de batalla. La infantería francesa estaba delante de nosotros, resguardada por sus coraceros; pero éstos, observando nuestro movimiento y reconociendo al instante su indudable inferioridad, invadieron precipitadamente la carretera. La retirada era cierta. Se nos formó en columnas, dándonos orden de cargar, y el regimiento se puso rápidamente al galope. Parecía que la misma tierra, sacudiéndose bajo las herraduras de nuestros caballos, hacía adelante nos lanzaba. A aquellos primeros pasos tras un ideal de gloria, acompañaron voces de guerra mezcladas con piadosas invocaciones.

—¡Madre nuestra, Santa Virgen de Araceli, ven con nosotros!

—¡Viva España, Fernando VII y la Virgen de la Fuensanta!

Ya nadie pensaba en tener miedo; muy lejos de esto, todos los de mi fila rabiábamos por no estar en las de vanguardia, en aquellas filas dichosas que acometan á sablazos á los franceses de á pie, ya pronunciados en completa dispersión. Tal era nuestro furor bélico en aquella fácil victoria, que D. Diego, Marijuán y yo, no encontrando á derecha é izquierda francés alguno, hacíamos grande estrago con nuestros sables en los arbustos del

camino, diciendo: «Perros, canallas, ya sabréis cómo las gastamos los españoles.»

La gloria de cargar sobre la infantería francesa perteneció tan sólo á las primeras filas, aunque no les duró mucho el regocijo, porque los enemigos, convencidos ya de que no tenían fuerza bastante para hacernos frente, tomaban á toda prisa el camino de Bailén. Una vez posesionados del camino, seguimos adelante; pero los caballos franceses corrían á todo escape, y la infantería se puso en salvo por las veredas, dispersándose á un lado y otro de la carretera. Sobre las diez nos detuvimos, y puestas en orden las columnas, avanzamos despacio, porque recelábamos de ser atacados por una división entera. Entre tanto, nuestras pérdidas habían sido nulas en la caballería, y escasas, aunque sensibles, en la infantería, que perdió un capitán del regimiento de la Reina y bastantes soldados.

Después de haber perdido de vista á los enemigos, continuamos la marcha hacia Bailén, si bien con mucha cautela, pues había la presunción de que los franceses, reforzados con gran número de tropas, caballos y artillería, se nos presentarían de nuevo en mitad del camino, sorprendiéndonos en nuestra triunfal carrera. Así fué en efecto. A eso del mediodía nuestras columnas avanzadas recibieron el fuego de los imperiales, que rehechos con un destacamento que de Linares había llegado, trataban de ganar lo perdido.

Furiosos por el reciente desastre, acometicron briosamente á nuestra vanguardia. To-

mamos posiciones, y las tropas ligeras, ayudadas de un enjambre de paisanos, se diseminaron por las escabrosidades próximas, desde cuyos matorrales mortificaban á los franceses con fuego menudo. La caballería, entre tanto, continuaba muy lejos de la acción, y aunque nuestro deseo hubiera sido que á lo más recio se nos enviara para desahogar nuestro enardecido pecho, Dios quiso por fortuna que no llegase esta ocasión, pues la escaramuza terminó de improviso, cesaron los tiros, y vimos con sorpresa que los franceses, como poseídos de súbito pavor, retrocedían á la desbandada hacia Bailén, recogiendo precipitadamente sus heridos.

¿Qué ocurría? Según después supimos, Francia había tenido una pérdida funesta, la de su General Gobert, el cual cayó mortalmente herido por una de esas balas de guerrero invisible, que salían de entre las malezas para taladrar el corazón del Imperio. Aquel valiente militar murió pocas horas después en Guarromán. Dueños nosotros del campo, y sin enemigos á la vista, parecía natural que fuéramos sobre Bailén; pero el ejército volvió hacia Menjíbar para repasar el río, movimiento que no fué por nosotros comprendido. Muy orgullosos estábamos, y especialmente los inexpertos paisanos no cabíamos en el pellejo.

—¡Hoy es día del Carmen!—exclamó Don Diego.—¡Viva la Virgen del Carmen, y mueran los franceses!

Ruidosas exclamaciones alegraron y conmovieron nuestras filas. Era el 16 de Julio:

en este día la Iglesia celebra, además de la advocación del Carmen, el Triunfo de la Santa Cruz, fiesta conmemorativa de la gran batalla de las Navas de Tolosa, ganada contra los infieles por castellanos, aragoneses y navarros, en aquellos mismos sitios donde nosotros nos batíamos con Francia, y en el mismo 16 del mes de Julio. Habían pasado quinientos noventa y seis años. La coincidencia del lugar y la fecha nos inflamaba más, y añadido á nuestro patriotismo una profunda fe religiosa, nos creímos héroes, aunque hasta entonces no habíamos tenido ocasión de probarlo.

Antes de cruzar el río, descansamos para llevar algo á la boca. ¡Oh, qué desengaño! Estábamos muertos de hambre y cansancio, y se nos dijo que no había más que un tercio de ración. Pero como buenos chicos que éramos nos conformamos, supliendo los dos tercios restantes con la substancia moral del entusiasmo.

—Pero, Sr. de Santorcaz—pregunté á mi compañero, cuando con el agua al estribo vamos el Guadalquivir.—¿nos quiere usted decir por qué no se nos ha llevado adelante? ¿Por qué después de esta victoria desandamos lo andado?

—¡Zopenco!—me contestó.—Esto no ha sido más que una fiestecilla de pólvora, y todavía no ha empezado lo bueno. ¿Crees que no hay más franceses que esos cuatro gatos de Ligier-Belair? ¿Qué sabes tú si á estas horas Vedel, que á Andújar fué en auxilio de Dupont, habrá regresado á Bailén? Ahora, ó yo me engaño mucho, ó vamos en busca del